



Hugo Donoso

En la quinta de recreo de Curanilape

RESEÑA

En las tierras del Villarrica

□ Reestreno de "La remolienda", de Sieveking, hizo reír tanto o más que en 1965

Los tres huasos con su madre bajan —en 1940— de su campo cercano al volcán Villarrica y, por accidente, aterrizan en la chingana de Curanilape. Allí, en un abrir y cerrar de ojos, se enamoran de las tres muchachas, se casan con ellas y se las llevan al monte sin importarles su pasado.

Emparentada con el sainete, *La remolienda*, de Alejandro Sieveking, fue estrenada por el Ituch en 1965 y, con veintiún mil 893 espectadores, fue el segundo éxito de aquel año teatral. Su nueva versión —Compañía Pedro de la Barra, Teatro del Angel— promete convertirse en un suceso similar.

La explicación está en el humor de la obra, sobre todo en el brillante primer acto que concluye con el *shock* de la madre de los campesinos al ver la *luh eléctrica* por primera vez. En la segunda parte los enredos y complicaciones se arman y desarman con considerable velocidad y, aunque la construcción dramática es aquí algo rudimentaria y más bien obvia, la pieza con-

serva en general su ímpetu. La causa es que, tras los personajes y las situaciones, hay también una decidida actitud del autor. Opta claramente por lo ingenuo y primitivo del mundo de aquellos huasos, frente a aquel otro de la técnica y de la civilización; como si para él encerrara una pureza que se pierde en contacto con el mundo contemporáneo.

La obra se ve mejor ahora que en 1965. En parte, porque entonces era inevitable una comparación desfavorable con *Animas de día claro* (1962), una poética obra del mismo autor con ambiente rural; también porque ahora resulta novedosa por cuanto hace bastante tiempo que en nuestros escenarios no se ve un espectáculo con este tipo de ambiente.

La dirección de Héctor Noguera captó muy bien la frescura que es esencial en *La remolienda* y la interpretación, en su conjunto, no desmerece frente a la de antaño.

Ana González, como la madre de los tres huasos, tiene el papel de mayor responsabilidad, y Gabriela Medina, como regenta de la quinta de recreo, es su contrapartida. Fernando Farías es el administrador de la luz eléctrica (por cuyos favores compiten). Jorge Gajardo se destaca entre los tres campesinos y, dentro del nivel parejo de las tres muchachas, María Izquierdo saca buen partido del papel más lucido de Chepa. Los breves papeles de los tres achispados personajes que en un momento casi echan a perder el casorio, también estuvieron bien servidos y el telón de fondo (Wilfredo Peralta) capta perfectamente el ingenuo espíritu de la obra.

Hans Ehrmann ■